



BIBLIOTECA

pa 4083

A3

C38

V. 2

1903

*Esta obra es propiedad de la Casa
Editorial Maucci, de Barcelona.*



La Carrozza di Tutti

(UNA NOVELA EN TRANVÍA)

CAPÍTULO VII

Julio

Calores, languidez, exámenes: sopla el terror del cinco y del cero, hasta en las jardineras. El tranvía es como una gaceta vocal y andante, que expresa todos los acontecimientos políticos y todas las pasiones predominantes en el espíritu público. Desde hace una semana, en todas las líneas hay multitud de pasajeros de diversas condiciones que hablan únicamente de colegios, de cátedras y que demuestran temor y esperanza, que temen dificultar

A. 4441
Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.

tades y peligros, y en todos los carruajes se oyen explicaciones de las madres que hablan de «preferencias», de «injusticias» y «recomendaciones», de «presiones», como si tuviesen á sus hijos bajo el peso de un proceso. En el tranvía que pasa por delante de una escuela, al medio día, suben muchachos y jovencitos con los cabellos desordenados, con el rostro encendido y las manos sucias de tinta, quienes hablan con la voz excitada de los soldados que cuentan las hazañas que han llevado á cabo en la guerra. Se nota en la voz, en el gesto, en los ademanes de algunos, la intención de hacerse escuchar, y las complacencias de la vida intelectual que lleva; se vé en los ojos de otros como un rayo de esperanza lejana y de gloria, como una visión de altos empleos sociales y de riquezas conquistadas por medio del genio. ¡Ay! — pensé, — ¡cuántos de esos muchachos, después de haber pasado por los sustos de otros cien exámenes, de haber terminado y abandonado multitud de profesiones y de estudios, tendrían por una fortuna poder refugiarse en uno de estos carruales, con el talonario de los billetes en la mano, y el cuerpo colgado del cuello! Ya quisiera yo que hubiesen pasado estos días de terror de la instrucción pública, porque las palabras y conversaciones que á cada paso oigo me hacen pensar en las millares de palabras descompuestas, de corazones agitados, de amargos desengaños paternales, de violentas escenas domésticas y hasta de suicidios miserables de adolescentes. Y al oír las alusiones que hacen á las materias de los exámenes, me pregunto con tristeza cuánto tiempo deberá pasar todavía antes de que se tenga el noble valor

de acometer una simplificación en los estudios, los cuales no hagan de una cosa sana y agradable una especie de tormento y castigo como es ahora; pienso con dolor que pasará mucho tiempo antes de que hayan mejorado las condiciones del trabajo mecánico, y que el dedicarse á él, no sea, como ahora lo es á veces, una degradación y una vergüenza. Pero me distrajo y alegró un caso que por fortuna no es raro. Me encontré en una jardinera con un profesor del Liceo, el cual después de decirme que de la plétora intelectual nacerá en siglos posteriores una nueva enfermedad, que volverá estúpida á una generación entera, calló por un momento, aguzando el oído, porque dos señoras que estaban cerca de nosotros, siguiendo la conversación que sostenían, le habían dombrado. Son peligrosos los coches públicos en estos días para los profesores. Escuché yo también.

—El gran escollo es este,—dice la señora más joven suspirando, y repitió el nombre del profesor.

—El año anterior esperaba librarme de él, pero tenía la protección del ministro, según dicen, y no se movió; basta mirarle á la cara, es un verdadero perro.

*
*
*

Con el mes de Julio y con la apertura del *Circo* y del *Teatro Turinés*, ante los cuales pasa la

línea de las afueras, tuve una nueva diversión que encuentro descrita entre mis apuntes. Me gustaba recorrer aquella línea al anochecer de los domingos, á la hora en que terminan las representaciones diurnas. En la desembocadura de la calle Vanchiglia y luego al pasar frente al *Circo* y al teatro, suben tres hornadas de pasajeros que sostienen en el tranvía tres órdenes distintos de discursos diversos en cuanto á argumentos, entonación y mímica, discordantes para los ojos como para los oídos. La primera hornada es toda de hombres que salen del Frontón y que continúan comentando los incidentes de los partidos jugados, repitiendo cien veces las mismas palabras: quince, cuarenta, fallo dividiendo, boleas, saque, restar, imitando los golpes con gestos impetuosos y exclamaciones admirativas en que se advierte un soplo, si no de fuerza, de lucha, de juventud y empuje. Delante del *Circo* donde se representan operetas, suben jóvenes con el rostro encendido que comentan con risas y palabras los gestos de los cómicos, los equívocos que han oído, esparciendo á su alrededor un soplo de sensualidad silenciosa que parece despertar en los rostros de las jóvenes una sonrisa lúbrica, y pensamientos pecaminosos. Un poco más allá sale del teatro una porción de gente con los ojos enrojecidos, y conmovida por el desenlace del drama, exclamando todos á la vez:

—¡Es una hermosa obra! ¡Es muy triste! ¿Han visto como ha muerto? Ha tenido el fin que merece. ¡Pobre muchacha! ¡Qué cosas suceden!

Y se advierte en sus discursos la ira contra el malvado y la piedad por el inocente oprimido, la

alegría de la virtud triunfante, una emoción buena, sincera, profunda; que hace pensar en una gran fuerza, desconocida de muchos, y que todavía se pueden aprovechar para el triunfo del bien, las ideas recogidas en el teatro popular. De una parte á otra de la jardinera, juego, música, drama, nombres de autores y actores, imitación de pistoletazos, boleas, *ritornello*, relatos de muerte y amores todo se confunde en los oídos como una sola conversación extraña, antitética, burlesca, triste como la vida, imagen de la vida también; á cada uno de los grupos parece ligero, estúpido ú ocioso el argumento de los otros, y hasta el accidente más fútil, como la aparición de un sombrero extravagante ó los traspies de un borracho que pasa, hace que todas las conversaciones se interrumpan en una exclamación prolongada de estupor que revela el fondo infantil de todos.

*
**

Lluvias, huracanes; el mundo que parece que se desencadene, un verano digno del invierno de Abba Garima. Pero debo á los carruajes cerrados el haberme encontrado en una de las coyunturas más

curiosas que pueden ocurrir á un pasajero del tranvía. Después de muchos días sin haberle visto, encontré en la línea de la calle Garibaldi al capitán de infantería y á la mujer hipotética del empleado en Correos. A la primera ojeada me pareció que no eran más audaces que la otra vez y que la pasión iba aquietándose un poco como si les hubiese vuelto á la prudencia de los primeros días. Estaban sentados dentro, entre varias otras personas, de las cuales recuerdo un jovencito que llevaba en la corbata un alfiler de porcelana en el que se leía perfectamente el siguiente letrero: *Busco mujer*; pero éste y otros pasajeros bajaron al poco rato y al llegar á la plaza del Castillo nos quedamos los tres solos. Vi entonces en los ojos de ambos, que estaban sentados uno frente á otro, lucir un rayo de esperanza. Sin duda tenían que decirse algo importante antes de apearse del tranvía, como hacían siempre, como dos personas que no se conocieran, y esperaba que yo bajase en la calle del Po. Yo debía hacer todavía un largo trayecto, además de que me tentaba la curiosidad y no me quería mover. Advertí que estaban impacientes. Encontré una mirada de él que me dijo:

— ¡Si supiese usted qué gusto me daría si bajara!

— ¿Y usted cree que yo no lo comprendo? — le dije para mí. — Pero debo contenerme por razón de estudio: usted tiene sus amores, yo tengo mi libro.

El tiempo pasaba. Sorprendí una mirada de la señora que me decía:

— Váyase usted de una vez.

Pero tan claramente, que me ofendió y la contesté con los ojos:

— Nó; no es de esa manera como se hacen las cosas; pídamelo usted con mejores modos y quizá la complazca.

Cambiáronse entonces en una mirada que podía traducirse así:

— ¡Qué importuno! ¡Qué testarudo!

La mano del militar acariciaba el puño del sable; la de ella la anilla de la sombrilla; ambos estaban nerviosos é impacientes.

En un momento dado miróme de tal manera el capitán que parecía que me daba una puñalada, pero corrigió en seguida el efecto del acto brutal mirándome entonces de un modo ansioso, casi humilde, como diciendo:

— Se lo ruego; hágame el favor; no nos quedan sino unos minutos; se lo suplico.

Iba ya á levantarme cuando de improviso sonó la campanilla. Paró el tranvía y subió á él una familia, y entonces me fulminaron ambos á dos una mirada que me pareció sentir que penetraban en mis carnes las puntas de la sombrilla y del sable, y me apresuré á bajar recordando esta escena que me costó un remordimiento. No me había engañado ciertamente: el amor que sentían aquellos dos seres debía irse extinguiendo, y me decía el corazón que algún día le vería en el mismo carruaje del tranvía, transportado como en un carro fúnebre, muerto de consunción.

*
*
*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

Siguió un tiempo loco, con chubascos violentos, seguidos de oleadas de sol repentinas, durante las cuales hice un descubrimiento que me permitía gozar en el tranvía de un nuevo espectáculo artístico. Obligado á estar siempre dentro del tranvía, descubrí la aparición bellísima del sol en aquellas circunstancias, dando cierta perspectiva á la ciudad, vista por los marcos de las portezuelas de los carruajes, como una cornisa oscura haciendo el oficio que hace la mano cuando se pone delante de los ojos para mirar mejor un cuadro. ¡Cuánta pequeña maravilla! Desde la calle Garibaldi, sumida en la sombra, veo un trozo de la fachada del Palacio Madama teniendo delante el monumento de Vela, pequeño como una figurita de alabastro, blanco como la nieve, luminoso y viviente en aquel fondo oscuro como si resplandeciese con luz propia y tuviese el consuelo de su gloria. En la calle del Palacio de la Ciudad veo el grupo violento del *Conde Verde* y de los *Sarracenos*, y las estatuas más lejanas del príncipe Eugenio y de Manuel Filiberto; un cuadro un poco teatral pero vivísimo del viejo Turín, austero y belicoso. Veo en la calle de Roma, como dentro de una ventana, la alta figura empenachada del vencedor de San Quintín, que se destaca sobre fondo negro en las lejanas fachadas del arco de la Estación, transparente y riente como la puerta monumental de un jardín maravilloso. En la calle del Po, admiro por un lado una puerta de la *Gran Madre di Dio* iluminada por el sol que se pone, destacándose sobre el verde oscuro de la colina como un bloque desmesurado de mármal roseo, y por otra parte la cara posterior del castillo rudo

y tétrico en el acto en que sale y pasa por el puente una procesión de *Hijas verdes* con velos blancos, un cuadro medioeval misterioso y severo, al que no faltan más que dos alabarderos con coraza. Recuerdo otros innumerables cuadros altos y estrechos que presentan lejanías pomposas de calles rectas y larguísimas, cuadros llenos de vida y de color, en los que se destacan el azul del cielo y el blanco de los Alpes, sobre los cuales se destacó vigorosamente la espalda enorme de un pasajero que va sobre la plataforma; cuadro sencillo y profundo en el que brilla un reflejo argentado de la luna y sobre la luna una estrella. En el curso de un solo trayecto, á medida que cambiaba el tiempo, todas estas vistas se alejaban y volvían á resurgir, y en tanto que el cuadro de delante, en el que se dibujaba la cabeza del cochero, se llenó de luz, el cuadro de detrás, sobre el que se destacaba la cabeza del cobrador se oscurecía hasta el punto que por un lado parecía verse aparecer la mañana y por el otro la noche; y á veces por una y otra parte, á derecha é izquierda, por detrás y por delante se confundía todo en un solo color gris regado por la lluvia oblicua, detrás de la cual desaparecían las casas, las colinas, los Alpes el cielo, y las dos pequeñas puertas del tranvía no eran sino los marcos de dos paisajes confusos que representaban el tedio y el mal humor.

Y agua y rayos é ira del cielo. Los ancianos hulan á cada momento para refugiarse en los tranvías cerrados, donde, tosiendo y murmurando, echaban de menos los tiempos de su juventud, afirmando que las estaciones estaban cambiadas y que ocurrían cosas que nunca habían visto. En ellos pude examinar los efectos lamentables de estas imprevistas mutaciones asmosféricas, que agravan el peso de los años, conmueven los nervios, exacerbaban los achaques y descoloran de repente el mundo y la vida, al mismo tiempo que los rostros de las criaturas humanas. Coches atestados de gente de mal humor, tranvías que parecen salas de espera de médicos afamados, con rostros de viejos achacosos, en que se advierte aquella seriedad inmóvil, que parece observar los movimientos irregulares de la máquina interna y descompuesta, amenazando siempre alguna sorpresa dolorosa. ¡Cuán variado encontré á mi buen veterano de la calle de Garibaldi! Le ví en la parte delantera de un carruaje de la línea de Vinzaglio. Noté en su frente una arruga vertical profunda.

—¿Cómo está usted?—le dije, y me contestó con voz ronca:

—Nada bien, nada bien. ¿Cómo quiere usted que esté? Ya no hay estaciones. El mundo va cambiando rápidamente... y luego... tengo setenta y ocho años.

Pero no citó ya la cifra con tono de orgullo; parece que roció las palabras como si le pesaran, y no pudieran salir de sus labios. Y cuanto le resta de vida lo dedica al cuidado de su perrillo, que como siempre trota al lado del tranvía y á quien hace

señas con la mano para que se aparte, pues ya sabe que quiere que siempre camine por el lado de la acera para evitar el peligro, y para que él pueda verle. Y parece que con el sentimiento de la propia decadencia física, crezca en él, el amor hacia el pobre animalito, su único amigo, al que después de tantos años de filial compañía, habrá de dejar solo en el mundo, para morir quizá de una muerte atroz, después de muchos meses de vida errante famélica y amargada por persecuciones crueles. Huyen entre tanto aquí y allí, bajo la lluvia deshecha, los árboles frondosos de los caminos, huyen las columnas esbeltas de los nuevos pórticos, aparecen y desaparecen las embocaduras de las grandes calles, y sobre cada cosa que pasa, deja correr el pobre viejo su mirada velada por una expresión de tristeza, como si pensara que aquella era una de las últimas veces que gozara de tal espectáculo, y como si su espíritu se despidiera aquel día de su querido y hermoso Turín.

—¡Ah, sí, hermoso y cuán hermoso!—parece que digan sus ojos,—hermoso hasta con este tiempo; hermoso hasta cuando parece tan gris y melancólico, hasta mojado de esta manera y fangoso como mi pobre perro...

*
**

Una hermosa escena, una bella jornada, y finalmente, un ejemplo novísimo de la potencia del feminismo eterno que no puede admirarse, sino en la *Carrozza di tutti*.

Una hermosa muchacha morena exuberante de vida, con unas flores rojas en el sombrero, con un soberbio vestido negro luciente de perlas negras, que hacía resaltar su busto esbelto y opulento; está sentada en el extremo de un banco de la jardinera, teniendo una pierna sobre la otra y un pie en el aire, lo cual casa perfectamente con el rostro lleno de coquetería y bondad. La jardinera va por la carrera de la Reina Margarita, donde debe acortar un poco la marcha y pararse al cabo, porque se encuentra con un regimiento de infantería que viene de cuatro en fondo, la primera fila del cual pasa por la siniestra rasando el estribo por la parte donde está sentada aquella hermosa muchacha. Los primeros músicos del regimiento, sin darse cuenta de ello, vuelven sus ojos hacia aquel rostro moreno que sonríe bajo las flores rojas. Desde la música parece que la chispa recorre lentamente por toda la columna, y todos los kepis se vuelven, todos los ojos se avivan, todas las bocas se mueven, en el rostro de unos nace una sonrisa, de la boca de otros se escapa una palabra, muchos se vuelven casi del todo, parece que pierden el paso; hay quien dá con el codo á su vecino, y hay quien alarga la cabeza para ver más de cerca el piececito y la cara. A diez pasos de distancia el efecto de aquella belleza es visible: oficiales, soldados, cabos, sargentos, cabezas rubias del septentrión y cabezas morenas del mediodía, rostros barbudos é imberbes de piamon-

teses, napolitanos, sicilianos, que, vuelven el rostro hacia el mismo sitio, como si desfilaran ante un general de ejército y expresando con la mirada el mismo sentimiento con una regularidad tan perfecta, que acabó por despertar la alegría de todos los pasajeros del tranvía y de la misma muchacha, la cual sonreía con amabilidad á todo el regimiento como una soberana contenta. ¡Oh, eterno feminismo! Y pensar que la gran fuerza del Estado se halla formada por cien columnas como aquella, cada una de las cuales pasando ante aquel rostro harían como hacia aquella; ¡qué aquella criatura morena produciría una sacudida eléctrica á todo el ejército nacional, si todo el ejército desfilase ante ella de aquel modo! ¡Qué cosa tan rara es la visión de un gran ejército contemplando desde lo alto de un tranvía cuando sale fuera de este el piececito de una hermosa muchacha!

*
**

Más lluvia y viento y truenos, y cocheros que tienen el rostro mojado por los aguaceros, los caballos relinchando, los cristales de los carruajes gooteando, las señoras suben con los vestidos recogidos.

dos y lanzan al entrar miradas furiosas á los paraguas y sombrillas de las otras.

La cortesía acostumbrada se resiente de aquel mal tiempo, que hace que las personas más corteses y los rostros más simpáticos, aparezcan con una luz poco favorable. No; no son buenos días estos para buscar mujer en el tranvía; no se ven sino señoritas que expresan el fastidio que les produce aquel estado de cielo: mi buen pintor, si todavía no ha encontrado lo que busca, pierde miserablemente las horas. En eso pensé al verle subir en la calle Madama Cristina; y más que por su rostro adiviné que estaba furioso por el movimiento insólito en él, con que cerró el paraguas, que se resistía. En su ancha cara de buen muchacho, noté una sombra de melancolía mucho más profunda que cuando le ví la última vez, y bajo esa sombra, otra que parece producida por una irritación habitual. Le pregunté si ha encontrado lo que buscaba: se encoje de hombros con un movimiento de niño, sonríe de un modo forzado y empieza á vomitar injurias contra el tiempo. Pero creo que debe ser otra la causa de su malhumor; lo conozco porque en un momento dado se le escapan algunas palabras, con terrible violencia, contra la falta de sentimientos de las muchachas turinesas.

—Témpanos de hielo,—dijo,—almas frías é insensibles, pompas de jabón que se deshacen en el aire; así son las gracias de las mujeres.

—De fijo que se trata de alguna muchacha,—pensé entre mí.

—Para ellas,—continuó,—todo se reduce á hermosearse, pero debajo de su continente reposado y

serio y de su belleza, no se encuentra sino la virtud de las estatuas. Falta la materia combustible. Angeles de alabastro, estatuas de nieve.

Ha dicho bien Alfieri: *la dove Itala boreal diventa*. Parecen hijas del Boreas.

Yo procuré alentarle paternalmente. ¡Qué diablo! Si un hombre como él, que era joven, hermoso, artista y de una salud de hierro no causaba efecto entre las muchachas, ¿quién podría causarle?

—¡Artista!—exclamó.—No están aquí para artistas; si fuera un sabio quizá...

Y luego empezaba á fastidiarse en la ciudad; todo le fastidiaba: aquel girar y regirar por el mismo sitio. A diario le asaltaba la idea de hacer un viaje alrededor del mundo. No tenía plan determinado; le gustaría también ir de ciudad en ciudad hasta el último punto de Sicilia.—Fíjese un poco en estas casas y en estas calles, y verá como llega á hacersele odioso tanto ángulo recto y tanta homogeneidad. Pues la gente es lo mismo que las calles.

¿No le parece á usted que todas las personas están cortadas por un mismo patrón? ¿Que no? Observe usted como todas las señoras adoptan el mismo gesto y ponen todas la misma cara.

Continuó hablando y me dijo que desde hacía algún tiempo, veía en todos los carruajes, gentes que parecían tener cierto aire de familia; que todos los jóvenes le parecían empleados, que todos los viejos se le antojaban sargentos licenciados, y que las señoritas parecíanle institutrices de colegio, medidas todas con el mismo rasero.

—No es usted razonable,—observé.—Hay sin embargo, entre todas esas, guapas muchachas...

—En cuanto á eso sí.—Después calló un momento, y luego, sin querer hacerlo, explicó su pensamiento.

—Sí, hay algunas verdaderamente hermosas... figuras rafaélicas... ciertos rostros blancos con ojos azules... de pureza y gracia... Pero les falta vida, animación. Más tiene una siciliana en el dedo meñique, que diez de estas, de pies á cabeza...

«Quisiera un corazón
Dentro de aquel blanco seno...»

Calló un momento y repuso bruscamente:

—Mire, ya veo rostro antipáticos,—y llamó mi atención hacia los pasajeros.—Me parece cuando miro á toda esa gente, que veo un pequeño museo de figuras de cera; quizá sea un efecto del tiempo, pero de todos modos... ninguna de estas personas me gusta.

Y un momento después cuando tenía el pie en el estribo, añadió sonriendo con acento de tristeza:

—¡De buena gana vendería el alma por cinco céntimos!

Ya le han cogido, pensé; sin duda alguna, está enamorado de una muchacha blanca, de una muchacha rubia, con ojos azules. Un día ú otro subiré en el tranvía en que vayan los dos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV.
"ALF. MU..."
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

¿Fué el pintor quien me contaminó? ¿Fué el mal tiempo? ¿Fué efecto de mi salud delicada? Durante algunos días sentí yo también el tedio y el malhumor que se exacerbó de un modo extraordinario en el tranvía, donde los rostros antipáticos que por la calle no se ven sino de paso, durante mucho rato están ante vuestros ojos, y os véis obligados á mirarlos. ¿Por qué antipáticos? No puede ser sino porque aquellas máscaras son para nosotros las de enemigos hipotéticos, rostros á través de los cuales vemos opiniones, pasiones, gestos y costumbres, opuestas á las nuestras, seres, en fin, entre los cuales y nosotros si tuviéramos trato, no podría haber ni afecto, ni estimación, ni acuerdo alguno. ¡Cuántos vi durante aquellos días, cuántos recuerdos aún! ¿Y á quien no pasa lo mismo? Son personas desconocidas, con las cuales, cada vez que se encuentran, cambiamos una mirada malévola ó indiferente, ó bien hacemos un esfuerzo para no verlas; gentes de las cuales las miradas, la voz, el gesto, todo os molesta, y os produce un sentimiento desagradable como el de una espina entre los dientes. Desdichadas criaturas de las cuales el modo de andar, el de hacer parar el tranvía, el de subir, el de sentarse, el de pagar, el ponerse el billete en el sombrero, todo resulta desagradable como si expresamente hubiesen sido educadas para fastidiar al prójimo. Cuando de improviso las vemos á nuestro lado, sentimos una sacudida violenta y un sentimiento de sugestión al mismo tiempo, como si bajo su mirada se tradujera nuestro pensamiento, y pudieran medir la pequeñez de nuestro alma con el poder superior que ejercen sobre nosotros. Aquella

promiscuidad del tranvía no es más odiosa que un intruso en nuestra casa, y es para nosotros una verdadera alegría cuando bajan. ¡Cuántos hay, y de qué manera pululan ante nuestras miradas, durante los días de malhumor! Parece que os persiguen y que se han dado la consigna de no dejaros en paz. No recuerdo á punto fijo cuánto duró aquel período, pero me parece que bastante; durante él, ví á cuantos seres antipáticos había conocido años atrás. Hice trayectos calamitosos, durante los cuales cinco ó seis por lo menos, sucesivamente, de esos pasajeros antipáticos me pisaron al subir ó bajar me tocaron con sus paraguas ó sombrillas, me hicieron respirar su hálito asqueroso, gritaron junto á mi oído el *¡páre!* desentonado, me hicieron oír discursos estúpidos, vanidosos y pedantescos, me atormentaron con sus miradas insistentes, con las cuales parecían decirme:

—Hemos subido á propósito, por tí, y gastamos con placer diez céntimos para hacerte sufrir.

—¡Qué rabia y que vergüenza! Verdaderamente son aquellos tormentos vergonzosos, antipáticos, innobles, miserables, miserias del alma á las que no basta un acto de voluntad para hacerlas desaparecer como debieran.

*
* *

Una conmoción profunda de piedad me asaltó durante el curso de esos días malignos. En una jardinera de la calle de Garibaldi, en uno de los primeros bancos estaba sentado un soldado con el uniforme de Africa: un pequeño *pistolo* macilento que parecía no advertir que le miraba todo el mundo, y que á las preguntas con que le importunaban algunos curiosos, contestaba con monosílabos y con el acento de una persona cansada, mirando aquí y allá, como si buscase alguna cosa por el aire, con la mirada difusa y vaga, propia de los que han escapado de un desastre. Sentí una sacudida eléctrica cuando volviéndome hacia atrás, ví de pie junto al último banco con el saco de costumbre, á la viejecita de Pozzo de Strada, inmóvil con toda el alma brillándola en los ojos, fijos en el kepis de aquel joven, con la expresión atónita y profunda del hipnotizado atento sólo al objeto que le fascina. Ciertamente aquella pobre mujer se hallaba aún entre la desesperación y la esperanza, y la vista de aquel uniforme, hacía sentir en su alma, más vivos esos dos sentimientos, con toda la violencia que pueden tener cuando van á ser satisfechos en uno ú otro sentido. ¡Quién podrá saber jamás lo que pensaba, lo que veía en aquel momento en el rostro del soldado! Parecía que al contemplar aquel muchacho, resurgiese del centro de la calle el espectro de su hijo que la decía:

—Madre, estoy vivo. Madre socórreme. O, madre mía me muero. Ya he muerto; ¡adios madre para siempre!

La vista de aquel joven; ¿le causaba una esperanza sin límites ó una desesperación horrible? No